

ALEJANDRO KORN EN LA EVOLUCION NACIONAL

Deseo tender un puente entre la cátedra y la vida, decíanos a menudo el viejo Korn.

Quienes hemos frecuentado sus ideas — en la amistad, en la cátedra, en el libro — sabemos en que alto grado cumplió su brioso anhelo: “Tender un puente entre la cátedra y la vida” era su personal manera de entender la Filosofía. Su cátedra fué filosofía en acción, filosofía impregnada de vida, vida formulada en principios generales especulativos.

En su cátedra coincidieron Filosofía y Vida. El más rico y variado material humano acogióse a sus ideas en busca de exposición doctrinaria, de encauce filosófico. Korn enseñó con el oído atento al murmullo de la calle. Sabía que las voces procedían del hombre mismo y salía jubiloso a su encuentro. Jamás substrajo de su cátedra — vale decir de su filosofía — las reclamaciones imperiosas de la vida, la inquietud exigente del pueblo. En la alta posición intelectual ganada no desdeñó el aporte de abajo; no menospreció el contacto con la realidad viviente. Esta postura del viejo maestro es, a mi manera de ver, lo que aportó más vigor a su filosofía, lo que hizo estable su atrayente idealismo.

Korn habría deseado que su actitud fuera común en la vida docente del país, que fuera principio directivo del estado

docente argentino. Reclamó con pasión e imperio que nuestras aulas — primarias, secundarias y universitarias — se tonificaran en la vida misma, en las solicitudes diarias de las necesidades del país, como única manera de que ellas aportaran lo suficiente para elaborar la propia cultura argentina. El reclamo provenía de quien había levantado tan alto la cultura producción filosófica del país.

Nadie con más autoridad que Korn rechazó la falsa y pedantesca sabiduría de puertas cerradas, que pretende alcanzar las más valederas especulaciones filosóficas a fuerza de abstraerse del trajín de la vida diaria. Reclamó que la especulación filosófica abandonara su actividad ociosa — de meras proposiciones abstractas — en cambio de una actividad creadora con contenido real.

Lo real se hizo presente en la filosofía de Korn con una insistencia digna de ser recalcada ante las generaciones actuales que no tuvieron contacto con su cátedra y con la lección de su vida. Ese llamado a lo real que Korn ha introducido en su idealismo, es una lección de cordura que toca a las aulas recoger.

Bien sabemos los argentinos que la inquietud nacional cotidiana al tener a Korn como actor, llegó hasta su filosofía y reclamó cabida de preferencia en su vasto sistema de ideas. Ocuparse de lo argentino fué para Korn una satisfacción nunca disimulada y un deber nunca eludido. Con ello no hizo abandono de lo trascendente. Tanto sintió pasión por lo concreto, cuanto por las ideas abstractas. Hacia éstas encamina toda su investigación; hacia las ideas generales incita la conciencia nacional. Eso sí, dice, partamos de lo concreto.

Con situarse en lo real concreto de las ansias nacionales no menoscabó el horizonte ideal de los argentinos. Justipreció por igual lo real y lo ideal en la empresa nacional: su progreso material, tanto como su evolución ética. Desde esta tribuna manejó su fórmula de persuasión: que la evolución económica no sea un fin, sino un medio para alcanzar las más altas conquistas culturales. La filosofía de Korn no admite el acre-

centamiento de bienes materiales sin la correspondiente conquista de bienes morales. La valoración es para él, la reacción de la hombría. El hombre afirma su existencia material, pero afirma también su existencia moral. La conquista de su independencia ética, lo alejó definitivamente del animal.

En su afán — infatigable — por el progreso y mejoramiento de nuestras costumbres nos señaló, en su Axiología, lo siguiente: “Si nuestro pueblo, el pueblo argentino, posee una voluntad propia, si tiene conciencia de los valores que afirma, sabrá expresarlos en sus instituciones, en su legislación, en su creación artística y en la faena cotidiana”.

Conocemos la constancia en Korn por poner en claro las huellas de la filosofía en la evolución nacional. Con lo mejor de sus potentes recursos espirituales penetró en el desenvolvimiento mental de los argentinos. De etapa en etapa fué arrancando los postulados filosóficos de la lucha por la organización cultural del país. Le hemos oído aplaudir, con emoción, esa grandiosa capacidad del pueblo argentino para traducir en las más precisas fórmulas mentales sus problemas concretos. Ese rasgo distintivo nuestro no había de pasar inadvertido por su filosofía.

Sus “Influencias filosóficas en la evolución nacional”, marcan una etapa gloriosa en la investigación histórica de nuestras ideas. Es una obra en que Korn acumula hondo saber sobre las más profundas convicciones humanas y argentinas. Sus páginas han de conservar y crear renovado interés por el desarrollo de las ideas filosóficas en nuestro país.

Con una vocación filosófica no común entre nosotros se lanzó Korn a la tarea — no fácil — de entregarnos la interpretación especulativa de nuestra realidad histórica. Testigo alerta de gran parte de ella, supo enriquecer lo objetivo con su visión personal originalísima. Preocupaba a Korn extraer las ideas que orientaron y orientan el proceso de nuestras instituciones. Conseguido su propósito, encuadró esas ideas en su correspondiente posición filosófica.

En su afán por señalar las consecuencias filosóficas que

se desprenden de nuestra evolución histórica Korn pasó revista en páginas breves, pero tensas, a todas las influencias filosóficas que concurrieron a promover nuestro desarrollo intelectual. Examinó — con el más alto poder sintético y crítico — las razones que justifican la adopción de principios filosóficos que van llegando al país con hombres y libros. Inventarió la actividad filosófica de España en América; trazó el cuadro de las influencias filosóficas de la Revolución y Organización y penetró, con su investigación, hasta nuestro siglo.

Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que Korn removió antes que nadie fuentes que resultaron abundantes en material filosófico. Nadie lo percibió antes que él. Discriminó sobre problemas nuestros que nunca se situaron en la Filosofía. Korn los replantó para ubicarlos en ella. Pudo así sugerir muchos caminos — inexplorados — para percibir nuevos problemas y nuevas soluciones en la cultura patria.

Conocedor profundo de la concepción evolucionista de la historia pudo señalar — con la autoridad de su obra profesional y docente — los valores de cultura en el progreso mental argentino. La Filosofía pasó, desde luego, a ocupar un lugar merecido.

Hay que convenir en que con Korn lo nacional es tratado con intención histórica y sentido crítico nuevos. Como no es de su interés sólo lo parcial sino también lo general humano, veremos que no se conforma con aproximarse a las raíces filosóficas del devenir nacional: quiere llegar hasta sus futuras consecuencias en todos los terrenos de la actividad argentina. Es Alejandro Korn quien ha bregado con mayor coherencia, constancia y alto vuelo especulativo, por dotar a nuestra realidad histórica de un sentido crítico aleccionador.

Es ejemplar el interés y probidad mental que Korn puso en el estudio de las condiciones intelectuales y morales en que los argentinos hemos ido realizando nuestro destino. Conocedor de hombres e instituciones supo marcarlos con justicia y con

afecto. Cordial y optimista, nos entregó el pasado y el futuro de la patria como él pudo verlos y comprenderlos. Su valioso aporte ha de conservar actualidad por muchos motivos.

*
* * *

Lo que hará vivir la filosofía de Korn en nuestra evolución nacional es, a mi manera de ver, esa capacidad suya — a que me he referido ya — de reunir lo real y lo ideal en un impulso siempre creador. En la angustiada lucha nacional han habido los Sanchos y los Quijotes. Korn se ha hecho cargo del sentido de lo real y de lo ideal que pesa sobre el alma argentina y ha programado la superación de los opuestos en términos que, me parece, consultan lo más profundo de la conciencia nacional.

El idealismo de Alejandro Korn — de tan alta jerarquía espiritual — no temió conceder dignidad a lo real. Tocó con la mayor precisión idiomática el sentido realista que mueve las creaciones de la criatura humana. Es que no nos es dable elegir, dice Korn. Podrá el hombre en su acción creadora libre superar el realismo, mas no eludirlo. La vida se lo impondrá siempre. Y la vida, dice Korn, no depende de un teorema o de un credo; es acción y acción ineludible. Lo que la vida nos plantea, dice el maestro, son problemas empíricos antes que metafísicos. Desde luego, es en la acción donde el hombre anula los opuestos y los supera. En la acción libremente cumplida se salvan las antinomias; en ella convergen los senderos de lo real y de lo ideal.

La filosofía de Korn pone una exigencia: que la acción sea constante y pródiga.

Korn se sitúa, pues, en el complejo subjetivo humano; en la intimidad libre del hombre.

El sujeto de Korn no se resigna a la obediencia y servidumbre; es un constante rebelde. Pero se eleva en rebeldía siempre creadora. El suyo es un hombre libre, en acción crea-

dora. La conquista de la libertad no es, empero, tarea fácil, dice Korn. Es lucha tensa consigo mismo, con la naturaleza, con el hombre semejante...

Los obstáculos se jalonan; los riesgos aparecen como invencibles. Mas el hombre debe vencer, porque su voluntad es soberana.

A los riesgos de la libertad, siguen los de la responsabilidad. Etica viril la del viejo maestro. Enfrenta valientemente a la vida — con todas sus consecuencias, incluso la muerte — sin temores expiatorios. Korn se inclina, desde luego, por una moral laica sin sobrecargas dogmáticas. No siente la necesidad de subordinarse a la religión. Reconoce, empero, la legitimidad del sentimiento religioso y de sus valores. Dueño es el hombre, dice, de acogerse a la moral religiosa; dueño es también de apartarse de ella. La religión crea valores relativos y mudables como cualquier otro sentimiento. Lo importante es que la moral se imponga. La convivencia es posible sin dogmas religiosos mas no es posible sin el imperio moral.

Auscultando en su propio yo, en la conciencia del pueblo argentino, en la del pueblo americano, en la historia de la civilización de Occidente, Korn concluye su filosofía en el primado de la libertad. No es otro, para él, el contenido de la conciencia humana. La libertad es un sentimiento irrenunciable, nos dice. En su nombre se han verificado las conquistas de la cultura. Con ésta ha encontrado el hombre el instrumento de su emancipación material y ética. Pierda el hombre, nos dice, su sentimiento de la libertad; olvide su responsabilidad de saberse libre y volverá al estado de barbarie primitiva, negará la libertad como instrumento civilizador. Ante un caos semejante aconseja Korn la vuelta al mito primitivo: a la libertad! Es preciso, en ese caso, inculcar criterios de respeto a la persona libre. Hacia ella encamina Korn toda su investigación filosófica. Quisiera arrastrar al pueblo argentino hacia la fórmula final de su filosofía: libertad creadora. Por conquistarla incita a la acción constante y próbida. Sabe Korn que el sentimiento y la creencia de la libertad transfiguran al hom-

bre ante sí y ante los demás; transfiguran a los pueblos, a las naciones, a las civilizaciones.

Espera — con pasión y fé — que por el camino de la libertad creadora de valores de cultura, los argentinos hemos de dilatar el horizonte intelectual y mejorar nuestro mundo moral. Con su filosofía se avanza más allá de los cánones tradicionales. Es que Alejandro Korn — dice Francisco Romero con tanto conocimiento de causas — es un emancipado de todos los dogmas y de todas las limitaciones de esquemas. Pudo, como nadie, dar preferente atención a los problemas teóricos y prácticos que emanan de la persona libre.

El pudo encontrar amplio campo de investigación en la libertad creadora de los argentinos. Desde allí programó criterios para el futuro individual y colectivo.

Con independencia intelectual y moral comprobó que la libertad y la democracia no son mitos más en las creencias argentinas sino realidad heroicamente vivida desde el 25 de Mayo de 1810.

Por lo empírico y por lo abstracto aprendió el pueblo argentino a distinguir su destino. Korn expresó con saber y dolor que nada oprime el corazón y la mente como la conciencia de la servidumbre. Un pueblo que ha situado la dignidad personal y ciudadana en la conquista de la libertad no puede caer en la servidumbre. Tal, es para Korn, el pueblo de Mayo.

Uno de los mayores méritos de la filosofía de Korn es haber enraizado en la conciencia moral y cívica del pueblo argentino. Quizá sea uno de los motivos que la hagan perdurable en la evolución nacional.

*
* * *

A la incitación teórica, el filósofo agregó el ejemplo de una vida libre, en acción constante y pródiga. Dejó cumplida su propia filosofía. Es una lección más, en la historia de nuestra cultura.

DELFINA V. D. DE GHIOLDI

